

La España comarcal.—Pero España es distinta toda ella. Si vuestra provincia estuviera deshabitada, brotarían las tierras para marcar sus límites. En todas las regiones españolas, el hombre acusa un temperamento muy dispar. Cada tierra tiene el poder de crear un tipo como si la tierra fuese un escultor que pusiera un sello a la obra creada. España tiene esta variedad. ¿No era excesivo pedir que pudiera Madrid representar la característica de todas las regiones con necesidades tan distintas? Tenía que desatender los asuntos provinciales que allí llegaban y atender a los grandes problemas nacionales. El resultado ¿cuál fué? Que la provincia sentía desafecto hacia el Estado centralizador, y le culpaba de todo lo que ocurría. Por otro lado, el provincial, vosotros, al ver que vuestras cosas eran desatendidas por hombres inasequibles que actuaban en Madrid, os cansabais de luchar, caíais en el desánimo y renunciabais a la vida provincial.

Desde hace veinte años vengo hablando de la debilitación de la provincia. Y mientras no se consiga poner en pie a las provincias, España será el escaparate vano de dos o tres grandes urbes. Por eso vengo a llamaros para ponerlos en pie y exigiros que forméis el Estado en que todos podáis colaborar. Todo esto nos lleva a declarar, como una de las finalidades del nuevo Estado, la separación de la vida provincial de la nacional, y aún de la local. Es preciso que grupos de provincias reunidas tomen de su mano la dirección de los asuntos comarcales, que ellas mejor que nadie atenderán.

No basta con el Estatuto municipal, porque el Municipio tiene un campo de actuación pobre, desmedrado, pequeño, y no puede acometer grandes empresas de orden administrativo y económico. Bien está esa autonomía, pero no se espere mucho de ella. ¿Qué puede hacer el Municipio para el mejor cultivo de las tierras, para la preparación de buenos maestros o para la construcción de caminos que completen sus comunicaciones interiores o exteriores?

La tierra castellanoleonesa.—Mirad. Según el censo de 1930, no publicado aún, la provincia de León, con las de Zamora, Palencia y Valladolid, suma 1.300.000 habitantes. Si agregamos el bloque de Castilla la Vieja, sumamos unos tres millones. Con estos tres millones de hombres, preocupados en problemas comunes, se puede hacer mucho. Reunidos, os sentiríais capaces y responsables de vuestro territorio, dentro de la unidad estatal de España. Sólo entonces se resolvería el problema de la tierra castellanoleonesa, terrible problema, porque vuestra tierra es indócil, ingrata al trabajo, y hay que buscar su subsuelo, más prolífico. Entonces podréis imitar a las demás comarcas de la periferia de España, que poseen tierras ricas y fértiles.

Es necesario que se estructure la vida nacional, según la experiencia, según la necesidad, y que cada grupo se haga respon-

Hablando con...

(Viene de la página anterior)

de Gobierno. Por eso, al contacto con el Poder revive y cobra todo su valor.

Claro que no se puede decir que todos los hombres que han estado en la oposición vayan a ser ahora unos hombres de Gobierno. Porque los hay que son para eso, para la oposición, pero que en el Poder fracasarán.

—¿Conoce usted la conferencia pronunciada el viernes en León por D. José Ortega y Gasset?

—No. Pero he aquí un hombre en quien tengo una confianza plena y que será una revelación sensacional como parlamentario. Ortega es un gran político de una visión extraordinaria, y su obra constructiva, ya meramente gubernamental, será espléndida. Ortega y Gasset en el Parlamento dará normas magníficas de técnica política.

sable de su vida y se afirme la gran colaboración. Si esto se hiciese en toda España, yo auguro que en poquísimo tiempo la producción en toda la extensión nacional sería enorme, así como la potencialidad económica del país. En el momento en que las provincias puedan ocuparse de sus propios destinos, quedaría un Parlamento central libre para estudiar la vida general española. A ese Parlamento las provincias enviarían los hombres de mejor talla, sus más relevantes figuras, y con ese Parlamento y con ese Gobierno de gran autoridad estaríamos libres de que se jugase con ese Estado ni dentro ni fuera de España. Y no sucedería el caso de estar declarando Repúblicas independientes dentro del Estado nacional.

A mi juicio, la separación entre la vida local y la nacional es indispensable para formar una opinión fuerte y robusta, donde cada individuo pueda sumar sus esfuerzos y se cree una gran corriente de dinamis-

mo político. Es menester que todos vosotros aprendáis a ser hombres públicos, que tengáis amor a la política, que lleguéis a ser responsables de vuestras palabras y de vuestros actos.

Lo demás.—Esta separación es el supuesto imprescindible para todo lo demás. Pero ¿qué es lo demás? Es muchísimo; pero es preciso escoger lo mayor. Yo me doy cuenta de que el tiempo es corto; y pienso que así como hay una taquigrafía que permite escribir a gran velocidad usando signos y trazos rápidos, así debiera existir una taquifonía que me permitiera, en el corto espacio de una hora, echar sobre vosotros la breve cosecha de mis pensamientos.

Hablemos, pues, de esa cosa mayor. ¿Cuál es? Si os encontráis en un campo libre, perdidos, y queréis buscar el sitio donde os halláis, vuestros ojos prescinden de lo que os rodea, empujados, y buscáis el horizonte. Nuestras vidas son prisioneras de un horizonte. Cada época humana viene a ser un horizonte dentro del cual, medios libres, medios presas, viven las naciones, encerradas en ese horizonte que las obliga a organizarse en pueblos de trabajadores. Hace ya veinte años que Europa, España inclusive, no hace más que avanzar en sentido de esa organización. No os habéis dado cuenta de ello porque es lento el caminar; pero si un hombre fallecido hace cincuenta años resucitara, vería que las naciones eran socialistas.

Y este movimiento no es impuesto por razones de lucha social, por huelgas, sino que se ha producido por el cambio en la estructuración misma de la economía. Hace setenta años, cuando empezaba la lucha del capitalismo, el mundo formaba una red gruesa, dentro de la cual el negociante podía moverse con holgura sin causar perturbación a nadie. Pero conforme ha progresado el capital, se ha ido haciendo más menuda esa red, y hoy el individuo que

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente